

# La espiritualidad de Mañara: la Santa Caridad

Felipe García de Pesquera

**M**iguel Mañara nace en Sevilla el 3 de marzo de 1627 en la casa número 25 de la calle Levís, muy cerca de la Parroquia de San Bartolomé, en el seno de una familia acomodada ya que su padre hizo una gran fortuna al ser grosario, cargador de Indias. Noveno de diez hermanos. Sus padres eran muy religiosos y en este ambiente se educa.

Su posición social le llevó en plena juventud a ocupar cargos públicos, destacando entre ellos, como caballero veinticuatro de la ciudad y Provincial de la Santa Hermandad. Con 20 años formaba parte de la Junta de Gobierno de la Hermandad de la Soledad de San Lorenzo.

Casi todos sus hermanos murieron niños o jóvenes. Sus dos hermanos mayores mueren en 1640, con 27 y 19 años, dejándolo a sus 13 años como heredero del mayorazgo. Se casa, por poderes, a los 21 años (1648) con una noble dama de 20 años, doña Jerónima María Antonia Carrillo de Mendoza y Castrillo, el mismo año que muere su padre. Matrimonio que los documentos describen como "sabio y cristiano". Su mujer muere en 1661 a los 33 años sin dejarle hijos. En 1652 había muerto su madre.

La muerte marca su vida y busca un refugio espiritual intentando, sin conseguirlo,

ingresar en alguna orden religiosa. Su director espiritual le anima a que siga buscando una señal divina que le guíe hasta que un día paseando por la ribera del Guadalquivir vio a varios hermanos de la Hermandad reunidos delante de su ermita. Esta Hermandad pobre, modesta y piadosa se dedicaba fundamentalmente a dar sepultura cristiana a los pobres desamparados, y ajusticiados, que morían en la ciudad. Ingresa en la Hermandad en 1662.

El desengaño por la pérdida de seres queridos, especialmente de su amada esposa, y el dolor que veía en los pobres no se convirtieron para él en una frustración lacerante gracias a su fe cristiana, que le llevó a hacer de su vida una purificación constante a través del **desprendimiento de sí mismo y de su entrega abnegada a los pobres**, en los que veía a Cristo, su Señor.

Éste es el fundamento de la espiritualidad de Mañara: ante los golpes trágicos que le depara la vida, **la muerte le enseña el camino de la Salvación, la Cruz de Nuestro Señor Je-**



**sucristo.** Se convierte en un asceta de la muerte y cree firmemente, fruto de su espíritu de oración, que todo cadáver abandonado, que todo pobre, miserable, marginado, excluido es el propio Cristo. Fue, sin duda, la virtud más característica de su espiritualidad: **la dedicación completa al servicio de los necesitados.** Fue en ese campo en el que llamó más poderosamente la atención de la ciudad entera: su conducta con los enfermos y ancianos desvalidos. No excluía con ellos ninguna clase de tareas: curarlos, asearlos, servirles las comidas, hacerles las camas...Y, por supuesto, acercarlos a Dios, instruyéndolos en la Doctrina Cristiana, preparándolos para recibir los sacramentos. Y todo esto, dejándolo como legado obligatorio a los miembros de la Hermandad, a los que se les da a conocer este servicio en la

fórmula de promesa, obligatoriamente expresada y aceptada el día de la toma de posesión.

Esta entrega absoluta a los pobres y enfermos estaba impulsada en el fondo y en la forma por una visión sobrenatural del misterio de Cristo. La primera bienaventuranza del Sermón de la Montaña se ha traducido como “Bienaventurados los que escogen ser pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos”. Esto es precisamente lo que realiza Mañara: **hacerse pobre con los pobres.**

“Maestro Bueno, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna? (...) Y Jesús, mirándole de hito en hito, le amó y le dijo: Una cosa te falta aún: anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, que así tendrás un tesoro en el cielo, y ven después y sígueme” (San Marcos, 10, 17-27).

Mañara sigue el consejo de Jesús y da lo que tiene a los pobres: se despojó de sus títulos, de sus joyas y recuerdos, de su mansión lujosa y criados, de sus rentas, para terminar en una pequeña y pobre celda del Hospicio de la Santa Caridad que él mismo había fundado años atrás y así estar más cerca de sus “amos y señores”, los pobres. Por tanto, fue humilde y fue humillado. Lo tolera todo con paciencia ejemplar: insultos, vejaciones, desprecios, ingratitudes de aquellos mismos a quienes socorría. Él se hizo pobre y todo lo esperó de Dios, y acometió obras ingentes confiado en la providencia divina y sólo en ella.

Don Miguel no fue un mero distribuidor de limosnas, sino un **apóstol laico**, raro fenómeno en aquella época. Además, fue un innovador que transfor-



mó una Hermandad de aspecto medieval en una asociación religiosa moderna, con un fuerte contenido asistencial, pero también de catequesis como así reflejó en sus obras escritas y en el programa iconográfico de la Iglesia de San Jorge.

El martes 9 de mayo de 1679, recién cumplidos los 52 años, muere don Miguel, habiendo manifestado días antes su felicidad por saber que iba a ver a Dios. Al día siguiente se entierra a los pies de la Iglesia, sin ataúd y en tierra desnuda, como deja escrito en su testamento, con una inscripción que reza: “*Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo. Rueguen a*

*Dios por él.*” En su testamento deja sus bienes a los hermanos de la Caridad. El 9 de diciembre se trasladan sus restos, sin olor y sin descomposición, al sitio actual debajo del altar.

Durante el entierro el pueblo le aclama como “varón justo”, “varón santo”, “padre de los pobres”, “espejo de santidad”. Muchos se arrodillan ante su cadáver y besan sus pies venerándolo como cuerpo santo.

En una época en que la Iglesia pone énfasis en la santidad de los laicos, pidamos al Señor que el proceso de beatificación de este laico comprometido y gigante de la caridad siga adelante y tenga feliz término. ●